

tanto, encarecidamente os suplicamos, nos encomendéis al Señor de un modo particular, durante nuestra ausencia, para que bendiga nuestros esfuerzos, no solo en el asunto principal de estos renglones, pero en todos los que hagamos para bien vuestro y de este Vicariato.

De lo íntimo de nuestro corazón, os bende-

mos, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen.

Dado en nuestro colegio de San Bernardo, á los quince días de Octubre de 1874.—  
JUAN BAPTISTA, *Obispo de Antioya, Vicario Apostólico de Gibraltar.*—Por órden de S.S.I.,  
GABRIEL FEMENTAS, *Presbítero, pro-secretario.*

## DISCURSO DE SU SANTIDAD,

CONTRA

### LOS MALOS PERIÓDICOS Y LOS ESPECTÁCULOS INMORALES.

El domingo 1.º del último Noviembre, recibió el Papa, en audiencia especial, á una diputación de la Sociedad primaria romana de los intereses católicos. La asistencia era numerosa, hasta el punto, de que no bajarían de mil personas las que llenaban el inmenso salón ducal, designado á este efecto. Los individuos más eminentes de la aristocracia, y de la clase media romana, encontrábase allí reunidos, para ofrecer al venerable Pontífice sus homenajes de respeto y de adhesión profunda. El príncipe de Sarrina leyó, en nombre de todos, un mensaje, tan digno, como conmovedor. Pio IX contestó con una de esas magníficas improvisaciones, que solo él sabe hacer. He aquí el texto exacto de ese notable documento, que nuestros lectores verán seguramente con sumo placer:

«El Apóstol San Pablo tenía particular afición y profesaba extraordinario afecto á los fieles de una Iglesia, tal vez, menos floreciente, que todas las otras: la Iglesia de los Filipenses. En justa reciprocidad, esta numerosa grey de Jesucristo, amaba y veneraba sobremanera al Apóstol de las Naciones. Y cuando éste estuvo encarcelado aquí, en Roma, y se hallaba falto de todo recurso, los cristianos de Filipos, se apresuraron á enviarle un eclesiástico, probablemente á su propio Obispo, con ofrendas y santas palabras de consuelo, confortándole así moralmente, en medio de sus tribulaciones.

Para darles por ello gracias, fué por lo que San Pablo escribió la bellísima epístola, que hoy conocemos todos, y se la entregó al mismo Obispo á su regreso á Filipos.

En esta carta, al mismo tiempo que San Pablo declara, que los Filipenses son su alegría y triunfo, les exhorta á permanecer firmes y constantes en sus buenos propósitos y resoluciones. *Sic state in Domino carissimi.* Yo también, queridos hijos míos, repito las palabras del Apóstol, y os las dirijo igualmente para responder á las consoladoras seguridades, que acaba de ofrecerme en vuestro nombre el que os preside. *Sic state in Domino carissimi.* ¡Oh! si, si; permaneced firmes en el Señor; manteneós inquebrantables en vuestras excelentes resoluciones, en medio del encadenamiento de lamentables sucesos que presenciarnos; manteneós compactos y unidos en Roma, y fuera de Roma, para poder luchar con más éxito contra nuestros comunes enemigos, por medio de la oración, de la reciprocidad de los buenos y santos consejos, y de esta actividad, que es el fruto del celo por la gloria de Dios, y la salvación de las almas.

Y supuesto, que la solemnidad de este día nos recuerda á todos, que del seno de cada tribu, de cada lengua, de cada pueblo, de cada nación, ha salido un ejéctico innumerable de Santos: *ex omni tribu, et lingua, et populo, et natione*, volvamos los ojos hácia esta multitud de almas bienaventuradas, que viven y vivirán eternamente en un mar de alegría y de consuelo, para interesarlas con nuestras oraciones; á fin de que vengan á proteger á la nueva grey de peregrinos, que viajan en este mundo, á través de toda clase de contradicciones; y á fin, también, de que se opongan á esta turba embravecida de ímpios y soberbios, que ruje, que ame-

naza, que brama de ira, y que quisiera aniquilar la raza de los escogidos, para sustituir la de los modernos anti-Cristos.

Bien veis con vuestros propios ojos, queridos hijos míos, cuán grande es el mal que se está haciendo. El abuso de la imprenta es uno de los principales medios de que nuestros enemigos se valen, para sembrar y esparcir la corrupción por todas partes.

Efectivamente; hay ciertos periódicos manchados con la más venenosa baba del infierno (*imbrattati della piu velenosa bava d' inferno*), los cuales, circulando, no ya secretamente y en las tinieblas, sino abiertamente, aquí, en Roma mismo, pintan cada día con colores más negros, ó bien se burlan, ridiculizan, y menosprecian, á los ministros de la Iglesia católica, así como también á los hombres honrados, sin otro motivo que el de que son católicos. Y todavia llevan más allá su impudencia, puesto que blasfeman de los Santos, y del Rey mismo de los Santos, Nuestro Señor Jesucristo.

He ahí lo que estamos condenados á ver con frecuencia. Pocos días há, me fueron presentados algunos periódicos, entre los cuales habia uno tan blasfemo, ó más que los otros, *La Capitale*. Tales cosas léi en esta hoja, que la hacen digna del título que lleva, como *Capital de la impiedad*, *Capital de lo más corrompido* que pueda darse en el mundo. Doloroso, dolorosísimo fué para mi corazón saber, que un periódico, de semejante índole, circula, hasta en las clases más humildes del pueblo, y que se lee ávidamente con detrimento de las almas, y con gran perjuicio de familias enteras.

Antes de ahora, hemos prohibido expresamente la lectura de tales periódicos, y aprovechamos esta ocasión para prohibirla nuevamente, ó, por decirlo mejor, confirmamos las antiguas prohibiciones, con todas las censuras en ellas incluidas. A lo sumo, que los artesanos se sirvan de ellos, empleándolos como útiles en sus respectivos oficios; que los utilice el obrero, por ejemplo, para enender su fragua, el zapatero, para envolver la pez, el sastre únicamente para tomar medidas. Es preciso, que todos piensen, y todos se persuadan, de que esos periódicos, y principalmente, el que tiene más boga, no ponen límites á su iniquidad. ¡Cómo! ¿causa horror el veneno, que mata el cuerpo, y no ha de causar el que mata el alma? ¡Cuán grande es la responsabilidad

de los que escriben todas esas blasfemias, y publican todas esas calumnias, así como también de los que leen semejantes impiedades!

Pero la mayor responsabilidad es la que pesa sobre los que ocupan elevados destinos en el Gobierno, que se llaman católicos en todas partes, pero que desmienten tan hermoso nombre, dejando la libertad más completa para que tantas inmundicias (*tante sordidure*) vean la luz. Estos hombres, que tienen ojos de Argos para examinar y registrar todos los escritos, aún los malos periódicos, en cuestion, á fin de descubrir el menor ataque, contra los que pertenecen á una clase privilegiada, ó la mas mínima palabra de oposicion, respecto al modo con que se está rigiendo el Estado, se convierten en topos (*talpe*), cuando se insulta se calumnia á personas sin manilla, cuando se miente descaradamente para perjudicarles, y lo que es infinitamente peor, cuando se insulta al mismo Jesucristo, autor de nuestra fé.

Esa condena, que merecen los periódicos y la prensa, alcanza igualmente á ciertas producciones teatrales, y ciertos espectáculos públicos, que pervierten y echan á perder á los espectadores, y, señaladamente, á los jóvenes, cuyo corazón es más susceptible de ser corrompido. Espectáculos de ese género fueron, en otro tiempo, una de las causas de la decadencia del Imperio romano.

En el día, al par, que son un vivo testimonio de la decadencia del espíritu humano, sirven también á los incrédulos, para hacer perder la fé á las almas débiles, y á los espíritus enteramente consagrados á los mundanos placeres. Si, por un lado, no es lícito publicar ciertas verdades, ni esparcir la luz sobre ciertos hechos, que tienen interés en que permanezcan en las tinieblas, precisamente porque son tenebrosos, inmorales ó contrarios al orden político de la actualidad, y se dejan ejecutar ciertos espectáculos de iniquidad, sin oposicion alguna, consintiendo, que se ultraje en ellos impunemente á la divinidad, que se haga mofa de las personas y cosas santas, y que se llegue, hasta el punto, de hacer objeto de burla para el público, la administración de sacramentos.

¡Ah! Entendedlo bien; vosotros, los que tenéis en la mano la autoridad, y regís los pueblos, obrando de esta suerte, sois objeto de abominacion ante Dios, porque tenéis dos

pesos y dos medidas: *pondus et pondus, mensura et mensura; utrumque abominabile est apud Deum.* ¡Albrá! llegado á ser tal vuestra ceguera, que os hayais hecho dignos del gran castigo pronosticado por el profeta, con aquellas terribles palabras: *Excavavit oculos eorum et induavit cor eorum: ut non viderent oculis, et non intelligant corde.*

En cuanto á vosotros, mis amados hijos, que podeis ver, desde más cerca, tantas emboscadas ocultas, tantos lazos descubiertos, tantos fraudes y tantas amenazas, volved la vista hácia Jesucristo, para que, no solo conserve, sino que acreciente vuestra fe. Id, y decidle, puestos fervorosamente á sus pies con San Pedro, y los demás Apóstoles: *Adauge nobis fidem.* Sea vuestra fé semejante á la que alabó Jesucristo en el Centurion, y la Cananea, y así estareis seguros de que podeis luchar con firmeza, contra los emisarios de Satanás.

Tened fé; fé, como la que anima á los fervorosos cristianos de los países vecinos al nuestro, y á los de las apartadas regiones del Oriente; esa fé, con que, en nuestros días, resisten del mismo modo á las amenazas y á la cuchilla de los pérfidos paganos, que á las arbitrariedades é injusticias de los turcos infieles. Tened fé; esa fé, que brilla con tanto esplendor en Alemania, y se mantiene inquebrantable en los Obispos, los Sacerdotes y los seglares fieles, en medio de las persecuciones que sufren. Tened fé, pero que sea como la que admiramos actualmente en ciertas comarcas de America, donde se encarcela á los Obispos, y se pretende dar un puesto de honor en la Iglesia católica á la secta de los francmasones, que, por desgracia nuestra, domina, al presente, el mundo entero.

Si; tened esta fé; y no es dudoso, que llegareis á alcanzar la victoria. Vereis, como Dios bendito infunde en vuestros corazones la firmeza y el valor necesarios para que vosotros, como parte que sois de su reino, y yo, su Vicario pobre é indigno, podamos mantenernos firmes y perseverantes en el cumplimiento de nuestros respectivos deberes.

¡Oh Dios mío! Os encomiendo todo el pueblo aquí presente; os encomiendo al pueblo católico de Italia, al de toda Europa, y al de todas las partes del mundo. Confortadle con vuestra santa bendicion, para que, con el

escudo de vuestra divina proteccion, permanezca fuerte contra todas las amenazas, y pueda cumplir siempre sus deberes con la firmeza de que acabo de hablar.

Que esta bendicion los asista en la hora de la muerte, que todos tengan á su lado entónces al ministro del Santuario, que pueda decir en este momento supremo: ¡Dios mío, ved á este pobre fe!, á esta pobre criatura, que es vuestra, y á quien llamáis ante vuestra divina presencia; pues bien, Dios mío, acordados de que ha pecado; sí, ha pecado, es cierto, pero, sin embargo, Señor, no ha renegado de vuestra fé: *Fidem tuam non negavit*; puede, por lo tanto, merecer aún vuestra misericordia; puede ser digno de cantar vuestra infinita bondad por todos los siglos de los siglos!

*Benedictio Dei, etc.*

## LOS INVENTORES DE MENTIRAS.

La opinion pública, tal como se entiende hoy, no es más que el resultado de una conjuración de la secta anticristiana: la opinion pública se forma, principal, y casi exclusivamente, con la ayuda de los diplomáticos y periodistas, que reciben la contraseña de la secta, y la difunden por todo el globo.

Para los pueblos, como para los reyes, esa contraseña es, con frecuencia, un misterio. La aceptan, y la creen, ya porque la secta tiene medios para impedir que la verdad llegue á ellos, ya porque sabe combatir y anular los efectos de la verdad, multiplicando las mentiras y las calumnias.

Principalmente á los reyes, á los magnates, príncipes, ministros, altos funcionarios, embajadores y diputados, es á quienes la secta encumbra, ó á quienes rodea de agentes encargados de cerrar el paso á la verdad, y no permitirle sino á la mentira.

Hemos llegado á tal punto de desvario, que, para definir exactamente la opinion pública, fuera preciso decir: la opinion pública es *mentira*. ¡Y que es la mentira, sino la manifestacion del odio de Satanás, contra los hombres? Satanás es de vuestro mentiroso, y padre de la mentira. Escuchemos al evangelista San Juan, que, en tres versículos del capítulo VIII, nos pinta la lucha, que se ofrece á nuestra vista:

«Jesus (*hablando con los fariseos*) les di-

ce así... ¿Por qué pues no entendeis mi language? Es porque no podeis sufrir mi doctrina. «Vosotros sois hijos del diablo, y así queréis satisfacer los deseos de vuestro padre: el fué homicida desde el principio, y no permaneció en la verdad: y así no hay verdad en él: cuando dice mentira, habla como quien es, por ser de suyo mentiroso, y padre de la mentira. «A mi, empero, no me creéis, porque os digo la verdad.» (VIII, 43-44-45.)

He aquí, ahora, como pinta Jeremías a los inventores de mentiras: *fabricatores mendacii*, esto es, ministros, diplomáticos y periodistas: «La pluma de los doctores de la Ley, verdaderamente es pluma de error, y no ha escrito sino mentiras: *verè mendacium operatus est stylus mendax scribarum.*» (VIII, 8.)

Representémosnos el estado del espíritu del emperador Guillermo de Prusia, por ejemplo.

Ese Príncipe, tan bien retratado en el libro de los Proverbios XXIX, 12) *Princeps, qui libenter audit verba mendacii*, no sabe del mundo exterior sino lo que ve adentro de sí mismo; y el no vé adentro de sí mismo sino las cosas, que le refiere el Canciller, bajo cuya influencia omnipotente vive.

Bajo la influencia de ese Canciller, rodeado de ministros y de cortesanos, que destilan el error; y no leyendo sino los periódicos vendidos al error, Guillermo es la primera víctima de la opinión pública, formada por la secta, de quien es, además, instrumento. El no juzga, ni puede juzgar por su juicio propio, sino por el juicio de la secta.

Lo propio acontece con los demás reyes, y pueblos.

Gracias al progreso moderno, la opinión pública, inspirada y formada por la secta, es llamada la REINA DEL MUNDO, y ejerce un imperio absoluto.

Los monarcas sectarios, tales como Guillermo, y Napoleón III, han simulado respetar la opinión pública, y no obrar sino conforme á lo que ella prescribe. Los ministros sectarios, tales como los de Alemania, Francia, Inglaterra, Austria, Italia,..... Portugal, todos, más ó menos, han contribuido á confeccionar la opinión pública; y se acaba de ver, por las declaraciones del proceso de Arnim, como proceden, y el apoyo que les presta la complacencia de los periodistas.

Lo cual es una traición horrorosa contra

la verdad, es decir, contra Dios, y contra los desgraciados pueblos; y nosotros estamos en el derecho de sostener la exactitud de nuestra definición: *La opinión pública es mentira.*

Todos los bribones, que se decretan los títulos de *héroes* y de *mártires de la patria*, todos los que la secta ha armado con el puñal, ó provisto de petróleo, son, sucesivamente, víctimas ó instrumentos de la opinión pública.

No cesando la opinión pública de exaltar el mal, y de infamar el bien, ¿cómo los pueblos, que no oyen más que esta voz, no han de ser víctimas de la mentira?

Tratad de persuadir á esos pueblos, de que los corifeos de la revolución son calumniadores, y no os creerán. Suponed, que, en cualquier teatro, un cristiano se levanta, durante la representación de la *Carmelita de Cracovia*, ó de *Fénelon, entre las religiones*, ó de la *Inquisición de España*, para decir: todo eso es pura mentira, insigne calumnia; é imaginaos los furroses que se desencadenarían contra ese cristiano!

Si; la opinión pública es la mentira, que viene del diablo, por medio de la secta.

En China, el diablo encuentra el medio de hacer adorar la serpiente, que es su símbolo. Se les ha dicho á esos pueblos embrutecidos, que el animal era Dios; y esos pueblos, no sabiendo distinguir á Dios, del animal, creen á sus profetas: La serpiente es Dios.

Entre nosotros, la secta ha dicho á los pueblos, que el hombre era Dios; y los pueblos, no sabiendo distinguir á Dios del hombre, creen á los sectarios, los ministros, los filósofos, los periodistas: El hombre es Dios.

La secta, en el 93, puso una mujer desnuda en el altar de Nuestra Señora, y la hizo adorar, bajo el nombre de la *Diosa Razon*. Y nosotros nos acercamos al momento, en que la secta, quizás, renueve ese culto sacrilego. Garibaldi propone ya, colocar los *héroes* de Italia, en San Pedro. Cuando la opinión pública se halle perfectamente formada, se podrá asentar en el altar pontificio un hombre desnudo, ó una mujer desnuda, ó un hombre y una mujer desnudos, y hacerles adorar. La opinión, *Reina del mundo*, es capaz de decretarse ese triunfo, que no es tan difícil, como lo imaginan multitud de personas honradas.

## A PROPOSITO DEL DISCURSO DEL PAPA

DIRIGIDO

A LAS DAMAS ROMANAS.

El discurso del Papa Pio IX, dirigido á las Damas romanas, es la antítesis completa del último discurso pronunciado por M. Bismark en las Cámaras de Alemania.

De una parte, el furor, el odio, las acusaciones, las calumnias; de la otra, la calma, la caridad, el anhelo por la salvación de los hombres perversos, y la exaltación de la virtud.

Para encontrar un language parecido al del Canciller, ábranse los Santos Libros, y léase lo que en la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo decían sus verdugos; para encontrar un language parecido al del Papa, léanse, en los mismos Libros sagrados, las exhortaciones del Divino Maestro á la multitud de fieles.

A M. de Bismark, omnipotente por la secta, pero devorado interiormente por las llamas de la pasión, al hablar del Papa, las palabras se le ahogan en la garganta. Si hemos de creer lo que nos refieren los periódicos, una palidez cadavérica cubre su rostro; un temblor convulsivo agita frecuentemente todos sus miembros; la angustia le obliga á desabotonar su ajustada levita militar, reiteradas veces lleva el vaso de agua á sus secos labios; y en medio del tumulto, pasea su inquietud mirada por la asamblea.

La voz de Pio IX está fatigada: él mismo lo dice, mas, no por eso, deja de hablar extensamente, con ternura, con una elocuencia sublime; la edad no le priva de benderse por mano firme, y sin temblar; en su mirada brilla la esperanza, la fe, y la caridad; la llama, que le anima, es la que Dios comunica al corazón de los Santos, y con ella excita la admiración de cuantos le escuchan. La secta ha elevado á M. de Bismark á una altura, en donde no ha encontrado sino agitación, tristeza, y desesperación. Siente en ella, que es detestado, menospreciado: *¡Pful! ¡Pful!* Tiene que luchar contra todo el mundo, y, sobre todo, contra M. Arnim, que, más ó menos pronto, puede derribarle. Su vida se consume en las intrigas de córté; intrigas que ni aun en los

«La opinión pública, tal como la secta la ha formado,—nos decía un santo sacerdote,—es como el Evangelio del Anticristo: prepara su advenimiento.»

Los Santos Libros están llenos de anatemas contra la opinión pública, que tiene por sinónimo el mundo, tomado en su perverso sentido; el mundo, cuyo principio es el diablo, *princeps hujus mundi*; el mundo que aborrece á Jesucristo: *Me autem odit: quia ego testimonium perhibeo de illo quod opera ejus mala sunt.* (JOANN VII. 7.)

Y la Iglesia no cesa de repetir las palabras de Jesucristo para infamar la opinión pública, y para apartar á los hijos de Dios de todo contacto con los hijos del diablo.

En presencia del poder de la opinión pública, que va dilatándose cada día mas, hay, en verdad, al lado de la Iglesia, la prensa cristiana, sometida á la Iglesia; y cualesquiera que sean sus defectos, sus lágrimas, sus flaquezas, esta prensa tiene su importancia, sus méritos, y combate con valor.

Si no obtiene, por otra parte, los resultados que se propone, la falta principal no debe atribuirse á ella; sino á los lectores católicos, que cometen la sinrazon,—con frecuencia indicada por nuestro periódico,—de encarecer, sin quererlo, la prensa sectaria, y de engrosar así la opinión pública.

Peró el Soberano Pontífice, ha manifestado suficientemente en estos últimos tiempos, el peligro y el oprobio de ese encarecimiento insensato, y de esa complicidad inconsciente, para que la prensa Cristiana obtenga, en fin, mejor acogida.

Cuanto más las personas honradas abandonen la mala prensa, para aumentar la fuerza y difusión de la prensa cristiana, la opinión pública—es decir, la mentira—causará menos estragos en la sociedad.

Es preciso escoger, entre apoyar lealmente á la verdad, ó apoyar con nuestra complicidad moral á la mentira de la opinión pública.

O.

(*Journal de Florence*, 23 Diciembre 1871.)

Intervalos libres de temores punzantes, y de acres esperanzas de venganza, le peraltan ni un instante de reposo.

En la cautividad, Pio IX, colocado, sucesivamente por Dios, en el Calvario, en el Sinaí, y en el monte de las Bienaventuranzas, permanece sereno, y contempla las olas que se estrellan á sus pies. Se siente anado: las suaves emociones, que acompañan al abrazo de las almas, llegan á El con la voz de millares de fieles, prosternados á sus pies; con las ofrendas continuas, que el no acepta, sino para distribuirías entre los que padecen. Si lucha, lo hace con el corazón tranquilo, y con la seguridad de obtener la victoria, ora ésta se le presente con laureles triunfantes, ora le ponga en su mano la palma de los mártires. No se rehaja á urdir intrigas; y las que urden contra él, son vanas é impotentes.

M. Bismark es desgraciado, y excita la piedad.

Pio IX es feliz con los inefables consuelos de la conciencia, y excita la veneración de todos los fieles.

Pudierase prolongar este paralelo; pero basta con lo dicho.

E.

## DISCURSO DEL PAPA

Á LAS

DAMAS ROMANAS.

El día de la Inmaculada Concepción, el Vaticano ofreció un espectáculo interesantísimo.

El Soberano Pontífice entró en el salón del Consistorio, poco antes del mediodía, acompañado de numerosa concurrencia, entre la cual se notaban muchos Cardenales, y otros Prelados domésticos.

Había sido concedida esta audiencia general á las damas de la nobleza, y de la clase media romana, que se dedican especialmente, á proporcionar y confeccionar objetos para el ornato de las iglesias pobres. Muchos de sus trabajos estaban expuestos en el salón del Consistorio, designado de antemano. Entre ellos, admirábase un sin

número de ornamentos sagrados, unos ricos, otros más modestos, pero todos dignos del servicio á que están destinados.

Cuando el Santo Padre hubo tomado asiento en su trono, M<sup>me</sup> la marquesa Cecilia Serlupi-Grescenzi, natural de Fitz-Gerald, cuyo nombre figura al frente de todas las buenas obras, leyó en nombre de la asistencia, un bellissimo epigrama en italiano, cuya traducción es como sigue:

PIO IX,

Soberano Pontífice;

*el día en que se cumple el XX año  
de la solemne definición dogmática  
de la Inmaculada Concepción de María;  
sus súbditas é hijas  
presentan su humilde ofrenda,  
cual prenda sincera del deseo  
y de la esperanza,  
que ellas alimentan  
de ver, por fin,  
el suspirado triunfo,  
que la Madre de Dios le prepara,  
en premio de la hermosísima gloria,  
con que, por su decreto infalible,  
la declaró coronada.*

El Soberano Pontífice contestó con el bellissimo discurso, que reproducimos á continuación:

«Después de haberos dirigido algunas breves palabras (digo breves, y el sonido ronco de mi voz os hará comprender el por qué) os daré de todo corazón la bendición apostólica, que de mí solicitais. Empero, ántes, voy á recordaros un hecho. En todas las revoluciones sociales, que han cubierto á nuestro siglo de ruínas, los que han triunfado en sus inicuas empresas, y que no han sido más que instrumentos de que Dios se ha servido, para castigar nuestros pecados, prometieron á los pueblos, inopinadamente sojuzgados, una Era nueva; y en estos últimos tiempos, se ha repetido al mundo entero, que esta nueva Era ha llegado, y que está destinada á restablecer la moral, á facilitar el comercio, y proporcionar la prosperidad á los pueblos, destruyendo las antiguas preocupaciones, y los vicios de los gobiernos pasados. En una palabra, los recién llegados se han presentado á los pueblos, anunciándoles el reinado de la prosperidad pública. No os preguntaré, si todas

esas promesas han sido cumplidas, pues ya sé lo que me responderiais.

Únicamente diré, que os dedicais, y otros se dedican con vosotras, á aliviar la miseria, siempre creciente del pueblo; que trabajais en mantener el esplendor del culto, que se quisiera disminuir, y hasta hacer desaparecer; y, finalmente, que proporcionais, con vuestras limosnas, una sana educación á los hijos de los pobres, y contribuis al sostenimiento de las casas de asilo, y á otras muchas obras piadosas. Afadiré, que haceis todo esto para reemplazar, del mejor modo que podéis, todo lo que existía en otro tiempo, y ha sido destruido.

Lo peor (sin contar el peor de todos los males, las defecciones y la apostasia) lo peor, repito, es ver ciertas almas débiles, que, sin apoyarse en sanos principios, se han dejado sorprender, y cual frágiles cañas, se han doblado á todos los vientos, que, á veces, soplando con violencia, las han derribado en el fango. Los grandes agitadores han cantado victoria, viendo extenderse el reinado de la materia; pero ya, para algunos, las ilusiones se han disipado; y yo pudiera, sobre este motivo, referiros varias anécdotas, que revelan, cuán chasqueadas han quedado ciertas personas, que, por fin, confiesan, no haber hallado otra cosa que la edad de hierro, allí donde creían encontrar la de oro. Así os recomiendo roguéis por la conversión tan difícil de los primeros, y por la vuelta de los segundos á Nos.

Y puesto que os he hablado de la Era nueva, quiero hablar al mundo entero de esta otra Era nueva, de la cual vosotras, queridas hijas mías, sois una parte muy noble. ¿No es, por ventura, una nueva Era, ese afán de caridad, que os induce á dedicaros á tantas obras pías? Y esta mañana, ¿no dais vosotras mismas un magnífico ejemplo, trayendo aquí esos ornamentos sagrados, para adornar la desnudez de la casa de Dios? Vosotras contais, además, en todas partes, con muchas personas, que, á la par que vosotras, cooperan al bien. Es una nueva Era, esa multitud tan extraordinaria de fieles, que llenan el santo templo, orando con fervor, durante la novena, que termina hoy, para preparar las almas á la fiesta solemne de la Concepción Inmaculada de María Santísima.

Era nueva, por las piadosas peregrinaciones; Era nueva, por la constancia de los

sacerdotes, en resistir á los ataques de los poderosos de hoy día, y en dar á la grey fiel ejemplo de fuerza y de valor. Era nueva, por la restauración y edificación de nuevos templos. Era nueva, por el ejercicio de las obras de caridad, que, aunque distintas en la forma, todas se proponen por fin la gloria de Dios y la santificación de las almas. Era nueva, por ese extraordinario amor, que en todas partes impelle al mundo católico hácia este centro de unidad, y hácia esta Cátedra de verdad: hé aquí la nueva Era, que llena de júbilo á los ángeles, y alienta á los hombres, y que es presagio de un porvenir mejor.

Lo más digno de admiración es, que todo esto sucede: á pesar de los obstáculos y de las oposiciones de toda clase. Y siempre ha sucedido así. Cuánto más violentos son los ataques dirigidos contra la Iglesia, más se inflaman las almas en el fuego de la caridad, y buscan el bien, y se fortalecen en el bien, y se persuaden de que es allí en donde están todos en Dios.

Yo no os citaré nada de semejante en los siglos cristianos; pero os recordaré, que Tobias y Esther, en épocas diversas, y con ellos millares de almas fieles, resplandecieron en santa virtud, cuando terribles persecuciones pesaban sobre el pueblo, cuando la esclavitud más dura le oprimía, y los tiranos fulminaban los mas severos edictos contra la nación de Dios.

En cuanto á vosotras os diré: *Sic state in Domino charissimi*. Manteneos firmes en vuestros buenos propósitos; y por muy terrible que sea la tormenta, que, de vez en cuando, estalla con estruendo, no temais; sino recordad, que estamos atravesando una época de prueba, durante la cual, debemos permanecer constantes en la oración y en la confianza en Dios.

Dios os observa, desde lo alto del cielo; los Angeles os rodean; la Virgen Inmaculada os acoge bajo su manto; y la bendición de su divino Hijo desciende tambien en estos momentos sobre vosotras, sobre vuestras familias y sobre todo el pueblo fiel, para alentar á todos los buenos y consolar á la Santa Iglesia, madre tierna, que llora los extras de tan considerable número de sus hijos, y que todo lo espera de la bendición de su divino fundador.

*Benedictio Dei, etc.*

El soberano Pontífice, bendijo en seguida con ternura á las damas presentes, así como á todos los miembros de sus familias.

Distinguiase, entre las concurrentes, la embajadora de Francia, los príncipes de Borghese, Altieri, la señora princesa de Wurtemberg-Viano, señoras Odescalchi, Bandini: la colonia extranjera estaba representada por las dos ladys Howard, la condesa de Radziwill, las condesas de Brazza-Savorgnan, de Blahn, de Witten, Lomax; la baronesa de Schönberg, y la señora baronesa Ward-Schönberg. Entre los caballeros se notaba al duque de Norfolk y los marqueses Patrizz, Antico, Cavalletti, Serluppi, Marini, Vitelleschi, y muchos otros, cuyo nombre no recuerdo.

De los rumores que habían circulado acerca de la indisposición del Papa, el mismo dijo, al principio de su discurso, que estaba un poco acalarrado; pero al oírle y al mirarle, le vi tan jóven, tan vigoroso de espíritu y de cuerpo, que yo me preguntaba, si una ancianidad tan extraordinaria, en semejantes condiciones, no era ya un milagro de la Madre de Dios, que prepara otro milagro, cuya suplica ha sido tan bien expresada en el epígrafe de que hemos hecho mención.

(Journal de Florence, 15 de Diciembre 1874.)

## CONSISTORIO

DEL DIA 21 DE DICIEMBRE 1874.

En la reunion consistorial, celebrada el día 21 de los corrientes, para la provision de cierto número de Sedes episcopales vacantes, Su Santidad pronunció, con este motivo, un bellissimo discurso, en el que revela todo el celo que inflama su corazón magnánimo por la salvacion de las almas. Pio IX, Pastor universal de toda la grey de Nuestro Señor Jesucristo, con la misma libertad y autoridad habla á los ministros de Dios, y á los simples fieles, instruyendo á todos en sus respectivos deberes con una solicitud admirable.

Helo aquí.

## DISCURSO

### DEL SOBERANO PONTÍFICE

EN LA REUNION CONSISTORIAL DEL 21 DE DICIEMBRE 1874, CON MOTIVO DE LA PROVISION DE CIERTO NÚMERO DE SEDES EPISCOPALES VACANTES.

«Si en los días de paz y de tranquilidad, he recibido con satisfaccion los votos del Sacro Colegio, los recibo con verdadero gozo en estos tiempos difíciles y borrascosos; y esto con tanto mayor motivo, cuando por mis propios ojos veo, que muchísimos de vosotros se consagran con celo y actividad y gran utilidad de la Iglesia; á los diversos trabajos de las Congregaciones, y á los diferentes empleos de su cargo. Por lo demás, yo opino como vosotros acerca de la desdichada condicion de los acontecimientos, en medio de los cuales, la incertidumbre, las contradicciones, y mil pasiones agitan la sociedad, que se ve obligada á marchar por un sendero oscuro y por en medio de tinieblas.

Yo me represento á la familia humana, circulando en una gran confusion bajo las bóvedas de un inmenso pórtico, que rodea una piscina, igualmente inmensa. Buenos y malos, se mezclan y se confunden en él, é inutilmente claman algunos, pidiendo la destruccion de los malos. Esto mismo es lo que habian tambien pedido antiguamente ciertos hombres, que, deseando ver el buen campo libre de la cizaña, se propusieron arrancarla; mas, el dueño del campo se negó diciendo: dejad que crezca el uno al lado de la otra; cuando llegue el día de la siega, el grano será trasladado al granero, mientras la cizaña, atada en pequeñas gavillas, será entregada á las llamas. Cierto es que vendrá día, en que la entrada en el cielo será accesible á todos los buenos, y todos los malos irán á arder eternamente en el fuego inextinguible del infierno. Empero, mientras dure la peregrinacion sobre la tierra, los buenos serán mezclados con los malos; éstos, para ejercitar la paciencia de los primeros; aquellos, no solo para confundir y hollar con sus pies un día á los malos, sino tambien para recogerse, hasta en la tierra, y aún ahora mismo, en los triunfos parciales de la Iglesia.

¿Acaso no es ya un triunfo, la conversion al catolicismo de un personaje, de posicion

eminente, y de muchos otros, que han seguido su ejemplo? ¿Acaso no es otro triunfo parcial la conversion de muchos millares de esmáticos en Oriente, los cuales, despus de haber pisoteado los errores de Focio y de sus sucesores, se glorian, ahora, de haberse convertido al catolicismo? Todos esos hombres han sido auxiliados por la gracia de Dios, que se ha servido de la mediacion de sus ministros, quienes han podido echar en las aguas de misericordia á esas almas queridas, que han salido purificadas de la prodigiosa piscina.

Mas, entre los numerosos ministros de Dios, llenos de celo, hay algunos, que preocupados de sus propias ventajas, se pierden en los laberintos de la política, y no se avergenzan de descender á la arena de las elecciones, para dar un voto á tal ó cual candidato, frecuentemente incrédulo y anticristiano. Que esos ministros, de quienes, por desgracia, existen en Italia cierto número, arreglen su conciencia.

En cuanto á vosotros, Venerables Hermanos, que habeis sido preconizados esta mañana, cuando hayais llegado á vuestras respectivas diócesis, recordad á los eclesiásticos, que tengan necesidad de este aviso, que bajo el inmenso pórtico, de que he hablado antes, puede hallarse algun desgraciado, agoviado bajo el peso de las enfermedades espirituales, que desee ser curado, busque consejo, direccion y consuelos de algun ministro de Dios, y, no encontrando, exclame en su desesperacion: *animum non habeo*. (No tengo valor). Trabajad asiduamente en sacudir la tibieza de los miembros del clero, que viven entre los buenos eclesiásticos, pero de cuyas buenas cualidades carecen: procurad enervorizar su frialdad, convenciéndoles, que ellos no se aperiben de la pérdida de ciertas almas, de las cuales deberian dar estrecha cuenta á Dios, irritado contra ellos. Hablad á los que por abyeccion de espíritu, dejan el campo libre á todos los desordenes, y temen desagradar á los hombres; decidles, que obrando de esa suerte, desagradan á Dios, cuyas terribles venganzas deben temer en gran manera. Decidles, en fin, que no todos los que claman: *Señor, Señor*, entrarán en el reino de los cielos.

Por lo que respecta á nosotros, pongamos nuestra confianza en el Señor; y mientras que, de una parte, seremos centinelas vigilantes, en medio del pueblo de Dios, para

instruirle, y destruir, si es posible, la serie infernal de errores, por los cuales tratan los impíos de fascinar, no descuidemos, por otra parte, de dirigirlos al Señor, suplicándole, que se acuerde de sus misericordias, y que se olvide de nuestra ingratitude. Diga-mos con el Salmista: No te acuerdes de nuestras antiguas maldades: anticipense á favor nuestro cuanto ántes tus misericordias... no sea, que entre los gentiles se diga: ¿Donde está su Dios? *«No nemineris iniquitatum nostrarum antiquarum, cito anticipent nos misericordia tua...; ne forte dicant in gentibus: ubi est Deus eorum?»*

¡Ah! bendecidnos, Señor: *«El benedictio tua sit super nos semper. Y que vuestra benediction permanezca con nosotros eternamente. Benedictio Dei, etc.*

Anteayer (25 de diciembre 1874) se distribuyó á los miembros del sacro Colegio, la Allocucion consistorial, pronunciada el día 21 de los corrientes por Nuestro Santo Padre el Papa. Nos apresuramos á ofrecer tan precioso documento á la admiracion de nuestros lectores. Es imposible, que nadie deje de comoverse al leer las palabras enérgicas del Vicario de Jesucristo. Dios, solo Dios, puede inspirar este valor sobrehumano á un anciano prisionero, rodeado de enemigos, de quienes no le separa más que una débil barrera, y cuyas amenazas no pueden ni turbar su serenidad, ni hacerle olvidar, por un instante, su deber de enseñar á los pueblos y á los reyes.

Hé aquí la traduccion del precioso documento pontificio.

## ALOCUCION DE NUESTRO SANTÍSIMO SEÑOR

### PIO

POR LA DIVINA PROVIDENCIA

### PAPA IX,

PRONUNCIADO EL DIA 21 DE DICIEMBRE 1874,

EN PRESENCIA

DE LOS CARDENALES DE LA SANTA IGLESIA ROMANA, EN EL PALACIO DEL VATICANO.

VENERABLES HERMANOS:

Quando Nos consideramos, que las tribulaciones de la Iglesia de Dios, son cada día

mas amargas y mas graves, nos sentimos inclinados más bien á derramar lágrimas, que á pronunciar discursos, sobre esos multiplicados ataques á la verdad y á la justicia, sobre las calamidades de la sociedad humana, y sobre la ceguera de los hombres perversos. En efecto, impulsada la impiedad por un insensato espíritu de libertad, y formando una falange compacta, extiende por todas partes su dominación; y contando para realizar sus designios con los cismáticos, los herejes, y los infieles, que apoyan su maldicia con la violencia y la astucia, y sometiendo los ánimos con la esperanza y el miedo, quisiera, despues de haber, si fuera posible, destruido la religion católica, realizar sus deseos, estableciendo su reinado, que es el reinado de la corrupcion pagana, de la cual Nuestro Señor Jesucristo liberó al género humano, transformándole en reinado de Dios, y de luz.

Bajo el peso de esta conspiracion de los enemigos de Dios, la Iglesia católica gime gravemente oprimida; y no tenemos necesidad de recordaros la lamentable condicion en que se encuentra hoy, en el imperio de Alemania, en Suiza, y en las regiones de la América central, y meridional, porque ya teneis noticias de estas amarguras, y participais de nuestro dolor. Pero, como debemos ocuparnos hoy, con vosotros, de la confirmacion del Patriarca de Antioquia de los Sirios, no podemos menos, Venerables Hermanos, de deplorar con el más profundo dolor, la cruel persecucion que sufren los católicos Armenios en el imperio de Turquía. En efecto, despues de haber expulsado de allí indignamente al legítimo Patriarca de los Armenios de Cilicia, la potestad pública pretende considerar como católicos á los eclesiásticos y á los seglares, que, rebeldes á nuestra autoridad, y negando la obediencia debida al susodicho Patriarca, han abandonado el rebaño de Jesucristo, y se han separado miserablemente de la unidad católica.

A esos rebeldes se les ha concedido la proteccion pública; mientras que á los verdaderos fieles de Jesucristo, á los que, por conservar la religion de sus antecesores, sobrellevan con gran valor todo género de adversidades, son entregados á los odios y al furor de los cismáticos: sus bienes y sus templos han sido violentamente arrebatados, y ocupados en diferentes puntos por la fuerza

militar, bajo la inspiracion y con la cooperacion de los neo-cismáticos; y los fieles se ven obligados á celebrar en casas particulares los santos oficios y sagrados misterios. Ni siquiera son protegidos por las máximas de este siglo, segun las cuales deberian ser libres de poseer sus iglesias, de profesar su fé, y de obedecer á sus pastores: tampoco son protegidos por los tratados solemnes ajustados entre las grandes potencias, y en los cuales, entre otras disposiciones, se estipuló, que los católicos residentes en el imperio Otomano, gozaran de libertad, seguridad, y de la posesion de sus bienes. ¿En donde está, pues, hoy, la santidad de la fé dada y recibida? ¿Dónde, el cuidado de defender y socorrer á los oprimidos en los que podrian y deberian levantar la voz?

Al enumerar estos males, Venerables Hermanos, no puede menos de destruir nuestro corazon un profundo dolor, viendo, por una parte, la implacable guerra, que con el pérdida disimulo de la impiedad, han suscitado los impios y los infieles, contra Dios, y contra la obra divina; contra esa obra que Él mismo fundó en la tierra, y dirige con su espíritu, y defiende con sus promesas; y viendo, por otra parte, que, no tan solo no se pone obstáculo alguno á tan funesta conjuracion, sino que se la excita y apoya, sin reflexionar, que, desde el momento que son oprimidos la causa y los derechos de la Iglesia, no pueden estar seguros los demás derechos del hombre, ni la tranquilidad de la sociedad civil.

Pero, en medio de las oleadas de tan violenta tempestad, perseveremos, Venerables Hermanos, en poner nuestra firme esperanza en Dios; pues la causa que defendemos, es la causa de Dios; y si bien el Divino Maestro nos ha predicho, que seriamos perseguidos en este mundo, no abandona jamás á los que esperan en Él; y prometió, que estaria con nosotros, hasta la consumacion de los siglos. En efecto; acaso no es la virtud de su gracia divina, la que, hasta hoy, sostiene en tan formidable lucha, lo mismo á nuestros Venerables Hermanos los Obispos, que á los sacerdotes y á los fieles, en Alemania, en Suiza, en las comarcas de Oriente y en los países de América, y les hace dar, para mayor gloria de la religion, los más admirables ejemplos de constancia, de celo, de fé, de una invencible paciencia y de un valor á toda prueba? Por este motivo, tributamos

gracias á Dios clementísimo, que ayuda y asiste á su Iglesia, en medio de tantas tribulaciones; por último, clamemos á Él, no solo con nuestras fervorosas súplicas, sino tambien con la santidad de nuestra vida, á fin de que continúe fortaleciendonos en el combate á Nos, y á todo su pueblo, alumbrado con sus luces los espíritus, y convierta los corazones de los hombres extraviados; para que, así como Nuestro Divino Salvador, no ya armado de todo su poder, sino revestido de nuestra humildad y de nuestra debilidad, venció al valiente y bien armado, triunfemos tambien nosotros de las potestades enemigas, por la fuerza de la propagación y de la justicia. Si de esta suerte clamamos á Dios, no dudemos, que pronto, aplacado ya, nos contestará en su bondad: *satus tua ego sum*. Yo soy tu salvacion.

Y ahora, á fin de atender á las necesidades de la Iglesia católica oriental, con la confirmacion de un nuevo Patriarca de los Sirios, os participamos, Venerables Hermanos, que despues de la muerte de nuestro Venerable Hermano Ignacio Felipe Harcos, elegido patriarca, segun costumbre, por los Obispos Sirios, é instituido y confirmado por Nos, hace ocho años, los Obispos del rito Sirio, reunidos en sínodo, unos, personalmente, y otros, por medió de procurador, en la iglesia de Santa Maria Libertadora, en el Líbano, sínodo, que presidió por nuestra autoridad, nuestro Venerable Hermano, Dionisio Scelhot, arzobispo de Alepo de Siria, todos por unanimidad, despues de las preces de costumbre, eligieron en votacion secreta al Venerable Hermano Dionisio Scelhot, por patriarca de Antioquia de Siria; y en seguida, el elegido, y los electores no participaron la eleccion efectuada; suplicándonos, que la confirmásemos, y que nos dignásemos honrar al elegido con la concecion del sagrado Palio. Y examinados todos esos actos con madurez y actividad por nuestra Congregacion de la Propaganda, Nos, acogiendo con satisfaccion el parecer de esta misma Congregacion, hemos juzgado oportuno proclamar Patriarca de Antioquia de Siria al susodicho Venerable Hermano, Dionisio Scelhot, y concederle el Palio, tomándolo de encima del cuerpo de San Pedro, abrigando la firme esperanza de que, con la ayuda de Dios, en estos tiempos tan calamitosos, será el nuevo Patriarca para la Iglesia de Siria un poderoso apoyo, por su

celo en favor de la religion y de la salvacion de las almas, y por el cuidado que pondrá en desempeñar santamente los deberes de su cargo pastoral.

¿Qué os parece?

Con la autoridad de Dios Todopoderoso, y de los santos Apóstoles Pedro y Pablo, y con la Nuestra; confirmamos y aprobamos la eleccion ó la peticion hecha por nuestros Venerables Hermanos los Obispos del rito Sirio, en la persona de nuestro Venerable Hermano Dionisio Scelhot, Patriarca, á quien absolvemos del vinculo que le une á la Iglesia de Alepo; le trasladamos á la Iglesia patriarcal de Antioquia de Siria, y le constituimos Patriarca y pastor de esa Iglesia, segun así se expresa en el decreto y letras consistoriales, quedando sin valor ni efecto cualesquiera otras disposiciones contrarias.

En nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen.

SANCTISSIMI DOMINI NOSTRI

PII

DIVINA PROVIDENTIA

PAPÆ IX

ALLOQUITIO

HABITA DIE XXI DECEMBRIS MDCCCLXXIV

AD S. R. E. CARDINALIS IN ÆDIBUS VATICANIS.

VENERABILES FRATRES

Consipientes Nos quo acerbitalis et gravitatis tribulationes Ecclesie Dei in dies progredientur, eo adigi sentimus, ut lacrimis potius, quam verbis super tanta veritate et justitia oppugnatione, super calamitatibus humana societatis, super cœcitate improborum uti debeamus. Impietas enim insano libertatis spiritu instincta et arcto contineta federe late dominatur, quo consociatos habens consiliis suis schismaticos, hæreticos et infideles, consociatam malitiam sua potestatem, violentiam et dolos, ac spe et metu cœmoxias sibi hominum mentes efficiens eo tendit, ut Catholica Religione, si id posset eversa, vota expleat regni sui constituendi, regni scilicet ethnicæ corrup-

tionis, a qua Christus Dominus humanum genus eruit, et transtulit in Dei lumen et regnum.

Sub hac inimicorum Dei conspiratione graviter omnino gemit Catholica Ecclesia; nec opus est, ut luctuosam ejus conditionem in Germanico Imperio, in Helvetia, in America centrali et meridionalis regionibus Vobis commemoremus, cum tót ejus armunarum consilii sitis, et doloris etiam Nostri consortes. Verum acturi hodierna die cum Vobis de Patriarcha Antiocheni Syrorum confirmatione, facere non possumus, Venerabiles Fratres, quin intimo meroris sensu deploremus acerbam eam persecutionem, qua in Turcico Imperio Catholici Armenii prementur. Ibi enim legitimo Armeniorum Cielice Patriarcha indigne expulso, eos ex ecclesiasticis et laicis publica potestas tanquam catholicos habere præsuntit, qui Nostre Auctoritati rebelles, et debiliam obedientiam prædicto Patriarcha detrectantes, ovile Christi deseruerunt, et ab unitate catholica misere defecerunt.

Is publica protectio attributa est; veri autem Christi fideles, qui pro avita religione servanda adversa queque magna virtute suslinent, Neo schismaticorum odiss et furori permittuntur, eorum bona et Ecclesia militari manu, Neo schismaticis ducibus et actoribus, violenter pluribus in locis occupata fuere, ipsique in privatorum aedes ad sacra officia et mysteria convenire compulsi sunt. Nec eos defendunt illa ipsa hujus sæculi placita, quorum vi dum conscientia libertas proclamatur, liberum his esse debet suas habere ecclesias, suam profiteri fidem, suis adherere Pastoribus, nec defendunt solennes conventiones inter potentes principes initas, quibus præter cetera qua in illis acta fuere, catholicorum quoque in Othomano Imperio degentium libertati, securitati, ac possessionibus plene consertum fuit. Ubi nunc data fidei et accepta sanctitas? Ubi eam tuendi et oppressos sublevandi studium in his, qui vocem attollere et possent et deberent?

Hæc mala recensentes, non possumus, Venerabiles Fratres, non intimo dolore cruciari, videntes ex una parte quantum bellum impii et infidèles callida impietatis dissimulatione movent contra Deum et contra Divinum opus quod ipse fundavit in terris, quod suo spiritu regit, quod eius promissa teneant; ex altera autem parte

non modo nullos tam nefarie conjurationi obices opponi, sed etiam adjumenta ac inclementia addi, nec cogitari, quod Ecclesiastica causa et iuribus oppressis, cætera humana jura et civilis societatis tranquillitas incolumis esse non possit.

At in tanta tempestatis fluctibus omnis fiducia Nostra, Venerabiles Fratres, firmiter in Deo perseveret. Causa enim quam tuemur, Dei causa est, et licet a Divino Magistro pressura nobis in hoc mundo præannuntiata fuerint, idem tamen in se sperantes non deserit, seque nobiscum usque ad consummationem sæculi futurum esse promisit. Nomen enim divine eius gratie virtus fuit, que usque ad hanc diem in tanto certamine, tum Venerabiles Fratres Episcopos, tum Sacerdotes et fideles in Germania, in Helvetia, in Orientis regionibus, in America plaga ita sustentavit, ut admirabilia exempla constantiæ, zeli, fidei, invictæ patientiæ et virtutis magna cum gloria religionis ediderint? Deo itaque Clementissimo gratias habeamus, qui Ecclesie suæ in tantis tribulationibus suo præsidio adest et consulit; ad ipsum deinde clamemus, tum fervidus precibus, tum sancta vitæ disciplina, ut Nos et omnem populum suum in prælio confortare pergat, ut errantium mentes sua luce collustret et corda sœclet, utque quemadmodum Redemptor Noster non in sua omnipotentia, sed in nostra humilitate et infirmitate congressus fortem armatum vicit, ita Nos patientiæ et justitiæ virtute adversas potestates vincamus. Si ita clamaverimus, dubitare non possumus, quin placatus nobis cito in sua benignitate respondeat, *salus tua ego sum*.

Nunc ut catholice orientalium Ecclesiarum necessitatibus novi Syrorum Patriarcha Apostolica confirmatione consulamus, Vobis notum facimus, Venerabiles Fratres, quod et vivis crepto Ven. Fratre Ignatio Philippo Hareuc, quem ab Episcopis Syris de more electum Nos ante octo annos Patriarcham confirmavimus et instituimus, Episcopi Syriaci ritus, alii per se, alii per procuratorem ad Ecclesiam S. Mariæ Liberaticis, qua in Libano est, in Synodum convenientes, qui auctoritate Nostra præfuit Ven. Frater Dionysius Scelhot Syrorum Archiepiscopus Aleppensis, consuetis precibus præmissis, omnes uno animo per secreta sultragia prædictum Ven. Fratrem Dionysium Scelhot in Patriarcham Antiochenum Syro-

rum elegerunt, ac tum electus, tum electores de hac re ad Nos litteris datis Nos suppliciter obsecravit, ut Auctoritate Nostra Apostolica hanc electionem confirmare, electumque sacri Pallii honore decorare vellemus. Rebus hisce omnibus a Nostra Congregatione Fidei Propaganda præposita diligenti et accurato examine perpensis. Nos eiusdem Congregationis consilium libentissime excipientes, prædictum Ven. Fratrem Dionysium Scelhot Patriarcham Antiochenum Syrorum renunciare, illicque Pallium de Corpore B. Petri sumptum tribuere existimavimus, firma confisi spe, ipsum, Deo bene juvante, Catholice Syrorum Ecclesiam tam acerbo tempore, zelo Religionis et salutis animarum, ac pastoralis muneris partibus sancte implendis valido adjumento et præsidio futurum.

Quid Vobis videtur?

Auctoritate Omnipotentis Dei Sanctorumque Apostolorum Petri et Pauli ac Nostra confirmamus et approbamus electionem suam postulationem a Venerabilibus Fratribus Episcopis Syriaci ritus factam de persona Ven. Fratris Dionysii Scelhot Patriarcha, quem absolvimus a vinculo, quo Aleppensi Ecclesie obstringitur, ac transferimus ad Patriarchalem Ecclesiam Antiochenam Syrorum, eumque præficimus in Patriarcham et Pastorem eiusdem Ecclesie, prout in Decreto et Scheda Consistorialibus exprimitur, contrariis quibuscumque non obstantibus.

In Nomine Patris ✠ et Filii ✠ et Spiritus ✠ Sancti, Amen.

## SU SANTIDAD Y LA NOBLEZA ROMANA.

Con motivo de las fiestas de Navidad, inmediatamente despues del Sacro Colegio, recibí Su Santidad de sus fieles súbditos romanos, sin distincion de clases ni condiciones, señaladas muestras del entrañable cariño que su caultividad no ha cesado de exaltar.

Ayer, 26 (de diciembre 1874), día designado para recibir á la nobleza romana, la vastísima sala del Consistorio apenas podia contener los miembros de esa aristocracia, que está ofreciendo al mundo un ejemplo

tan admirable de fidelidad á la desgracia que resiste generosamente á cuantas tentativas se le han hecho para seducirla, y que permanece estrechamente unida al Soberano legitimo de la Ciudad eterna, á la augusta víctima de la revolucion.

M. el marqués Cavallotti, Senador de Roma, antes de la revolucion de 1870, leyo, en nombre de la noble asistencia, una notable felicitacion; en la cual, al protestar los sentimientos del afecto filial, y de la adhesion ilimitada del Patriado romano, para con la persona augusta del Vicario de Jesucristo, expresó la esperanza, de que Dios concederá á Pio IX la gracia de que vea florecer los bellos dias de la Iglesia y de la Santa Sede.

Durante la lectura del discurso, la emocion más viva se pintaba en el rostro del Senador; emocion, que trascendió á toda la noble concurrencia, de la cual se habia constituido fiel intérprete.

A su vez, como jódo tambien el Padre Santo, contestó á la susodicha felicitacion con una de estas improvisaciones, cuyo secreto solo el posee. HeLa aqui:

## DISCURSO

pronunciado por Su Santidad Pio IX, en contestacion al que, en nombre de la nobleza romana, le dirigió el marqués Cavallotti, el dia 26 de diciembre último (1874).

\* La noble corona, que formais, hoy, en torno mio, y que tanto consuelo derrama en mi corazon, es una prueba más de esta *Era nueva*, á que aludia el señor Senador, en la noble felicitacion que acaba de leer, y de que yo mismo he hablado en uno de esos últimos dias. Si algo hay, que pueda consolar al Jefe visible de la Iglesia, es e contemplar la constancia y la firmeza con que el patriado, de que formais parte, persevera en el cumplimiento de sus deberes, á pesar de las pérdidas insinuaciones con que se pretende seducir su buena fé.

Permitidme, en este dia, recordaros, en breves rasgos, los acontecimientos pasados, para que podais formar una idea, aún más evidente, del mal espíritu, que alienta á la Revolucion; y para que sepais cómo nació, cómo creció, y se desencadenó; y, finalmente, cómo alcanzó, por medio de la fuerza,

lo que había deseado, y reclamado en sus discursos.

La Revolución, en sus principios, nació, en la apocíptica, tímida, obsequiosa, y aun aduladora. Cubrióse con la máscara de la hipocresía, y así encañó, y sorprendió la buena fe de muchos, llegando hasta a unirse con ellos al pie de los altares; pero en tanto que los unos, los hombres honrados, se alimentaban con el pan de vida, los otros, los hombres perversos, devoraban su propia condenación.

Pidieron, y alcanzaron cuanto licitamente se les podía conceder. A cada concesión, retribaban atronadores aplausos, pero seguidos de nuevas exigencias; y llegaron hasta reclamar un Papa batallador y agresivo. Mas, no queriendo, ni pudiendo el Papa ser batallador, ni marchar por esa senda, hubo de retirarse de Roma, empujado por brutales amenazas, que estuvieron a punto de realizarse.

Al llegar aquí, advierto alguna analogía entre la Revolución y lo que nos refiere el profeta Ezequiel. «El león pequeño, dice el profeta, juguetea, crece lleno de viveza y de alegría, y se diría, que ha olvidado su natural ferocidad; pero de allí a poco, se reúne con los leones grandes, recorre en su compañía campos y selvas, y se aventura hasta en los lugares habitados. Entretanto crece, empieza a rugir, y a morder, y a despedazar. Ya ha aprendido á llevar la desolación á los padres de familia, á hacer llorar las madres, y á dejar huérfanos á los niños. Sus garras gotean sangre humana, y ha legado ya al apogeo de su fuerza y de su natural ferocidad.»

¿No reconoces en este león, amados hijos míos, la verdadera imagen de la Revolución, en su principio, su desarrollo, y su triunfo? ¡Oh! ¡Cuántas madres derraman copiosas lágrimas, viéndose arrancar de los brazos á sus hijos, para lanzarlos luego en una profesión aventurera, con grave peligro de su cuerpo y de su alma!

El peligro está en todas partes; pero no son los peligros de la profesión militar los únicos que hacen palpar el corazón de los padres. Es para ellos un nuevo motivo de angustia, el ver rodeados á sus hijos de ciertos corruptores del corazón humano, semejantes al león, *qui circum querens quem devoret*, y notar en las expresiones, que salen de sus labios, que el alma de sus jóve-

nes hijos ha sido envenenada, y ha llegado, alguna vez, hasta á avergonzarse de ser cristianos. He aquí lo que hace impune-mente la Revolución; todos los leones están de acuerdo en punto al fin, aun cuando no lo estén siempre respecto de los medios. Al-gun día veremos los resultados de esta discordia.

A vosotros, pues, amados jóvenes, me dirijo ahora, ya seáis romanos, ó de fuera de Roma, y en particular, á aquellos de vosotros, á quienes Dios ha concedido el privilegio de nacer en noble cuna. Acaso, direis, que habeis aguardado hasta ahora para ver los acontecimientos, y que sean cuales fueren esos acontecimientos, habeis aguardado lo bastante para dar satisfacción á ciertos consejos; pero que, en adelante, hay que tomar una resolución, y emprender una carrera conforme con vuestras inclinaciones.

Ya sé, mis amados hijos, que no pocos leones rujen á vuestro alrededor, y tratan de arrancaros del seno de vuestras familias, para mejor arañaros la fé del corazón. La carrera de las armas, ó la diplomática os sonríen, pero no ciertamente la de la toga, porque en la agitación de vuestro espíritu (y digo esto únicamente á los que están agitados), os falta la calma necesaria para los estudios serios, condición indispensable para vestir la toga. Debo decir, sin embargo, que conozco á un joven noble, que ha abandonado, á poco de entrar en ella, la carrera diplomática.

Voy, pues, á daros otro consejo. No hagáis derramar lágrimas á vuestras familias; rechazad lejos de vosotros las insinuaciones pérdidas de los leones. No angustiéis el corazón de vuestros padres, porque la maldición de los padres arruina las familias. (No permitáis Dios, que esto suceda nunca! Por el momento, no pidáis otra cosa alguna al Señor. Lo que necesitáis es ocupación en vuestras casas, y armarse de paciencia; y día llegará, estád seguros de ello, en que podreis decir también: *Transivi, et ecce non erat*.)

Vuestra debilidad, no cabe duda, debe confortarse en la firmeza y el valor. Y don-de hallareis este saludable auxilio? Venid conmigo, y arrodillemonos juntos á los pies del Divino Niño. Ahí está, en una gruta sombría, en la mayor pobreza, y recostado sobre paja; mas este humilde aparato no disminuye en lo más mínimo la nobleza de su aspecto, la amabilidad de su semblante, y

todos los encantos que brillan en un Niño celestial.

Diré, por tanto, con San Francisco de Sales: si el ímán atrae el acero, y el ámbra atrae la paja, este Niño tiene fuerza para romper con sus propios encantos, los corazones duros como el hierro, y que han llegado á ese estado por su obstinación en los falsos principios, y para hacerlos dóciles á la voz de todo lo que es verdadero, justo y honrado. Y tiene también fuerza para sostener los corazones excesivamente frágiles á causa de la influencia de pasiones bajas, y hacerlos tan puros, que aparten de sí todo afecto inmundo, y se unan á Dios.

¡Ay! si, que este Niño, tan amable, sea hoy el objeto de nuestras oraciones! Recoged, dice también San Francisco de Sales, una lágrima, que caen de sus ojos; hacel que esta lágrima toque vuestro corazón, y sentireis como un saludable bálsamo, que cura los males de vuestro espíritu, y comunica vigor á todas las almas débiles. No nos separemos, pues, de esta gruta, sin implorar de este Niño su santa bendición.

Que levante, como humildemente se lo pedimos, que levante sus tiernecitos brazos, que son, sin embargo, los brazos de un Dios Omnipotente, y nos bendiga. Que bendiga á las madres cristianas, que me escuchan; y á las que, ausentes de aquí, no pueden oírme. Que las bendiga, y les inspire los sentimientos necesarios, para mantener firmes en sus resoluciones á estos hijos, que se glorían de ser verdaderos católicos, y para volver al buen camino á aquellos, cuyos pies vacilan en la senda del honor y de la verdad de Jesucristo; y en cuanto á aquellos, cuyo corazón se ha endurecido como el hierro, que el Divino Niño se digne renovar en su favor el milagro de las penas que se partieron en la hora de su muerte.

*Benedictio Dei, etc.*

(*Journal de Florence*, 27 de diciembre 1874, y 1.º de enero 1875.)

#### LAS DIPUTACIONES CATÓLICAS DE ITALIA.

La audiencia anunciada para los representantes de las diócesis italianas, tuvo lugar el día 6 de enero, festividad de la Epi-

fania. Una multitud de católicos de toda la península, asistieron á ella: no obstante la inmensidad de la sala del Consistorio, imposible hubiese sido que penetrase en ella ni una persona más, durante el acto de la recepción. La iniciativa de esta reunión partió de la *Asociación de la juventud católica italiana*, y de todas partes se respondió con celo á su llamamiento.

El considerable número de diputados enviados á Roma, habían reclinado la misión, no solo de presentar al Soberano Pontífice los homenajes de los católicos italianos, y la expresión de los votos más sinceros en pro de la felicidad y la conservación de la preciosa salud de Pio IX, sino también la de ofrecerle el óbolo de un amor filial. En efecto, á nombre de sus afectuosos hijos de Italia depositaron una ofrenda, de casi 100,000 francos, á los pies del augusto prisionero del Vaticano, despojado por otros hijos ingratos de Italia y olvidados de sus más sagrados deberes para con su Bienhechor y Padre. La suma es importante si se considera, la profunda miseria en que la revolución ha sumido á la población italiana. Empero, los hijos de la Iglesia, bien que abrumados y despojados por el sistema en alto grado opresor del Gobierno, no por ello dejan de continuar dando al mundo el ejemplo de la más admirable generosidad.

Al anunciarse la presencia del Papa, poco antes del mediodía, reinó un silencio profundo en toda la sala, y todos los ojos se fijaron con santa avidez en la puerta por donde debía entrar. A su aparición, toda la asistencia, como un solo hombre, se arrojó para recibir su bendición.

Luego que el Santo Padre se hubo sentado en el modesto trono, que se le había preparado, M. el comendador Acquaragni de Polonia, director de la *Asociación de la juventud católica italiana*, se adelantó hasta el pie de las gradas del trono donde leyó un discurso de felicitación, del cual vamos á insertar algunos de sus más notables párrafos.

Santisimo Padre:

Otro año ha descendido al abismo de los tiempos, y vuestros amantísimos hijos, nacidos en el suelo italiano, con el corazón penetrado de inefables gozos, vuelven á encontrarnos ¡oh Padre Santo! radiante de un

vigor providencial, la frente ceñida de una aureola de triunfos, siempre nuevos, porque piloto inquebrantable conducis, la Nave milicia, en medio de los peligros de mil tempestades levantadas por los huracanes, que se repiten sin cesar.

La prensa, que en vuestra misma Roma, entrega cada día á vil precio y por un beso, la verdad á la ceguera de las pasiones de la muchedumbre, renueva en Vos la Pasión de Nuestro Señor y Maestro. Esta prensa, aludiendo pocos días há, á una doble corriente, pero opuesta de descos, que va subiendo dos colinas de Roma, mezclaba una bárbara calumnia á una esperanza hipócrita.

Decía, que en nosotros, que nos prosternábamos con cariño al pie de vuestro trono, para presentaros los humildes votos de todos los corazones fieles á la Iglesia, que existen en Italia, descubriríais á intenciones hostiles á la felicidad del país, que Dios nos ha dado por patria; y, por otra parte, dejaba maliciosamente entrever un porvenir, en que nuestras rodillas y nuestras frentes, que se inclinan ahora ante la fuerza del derecho, se inclinarían ante el derecho de la fuerza.

En el acto de deponer á vuestros pies, Santísimo Padre, el humilde tributo de nuestros corazones, sentimos la necesidad de proclamar la pureza de nuestras intenciones, y de expresar nuestra firme confianza de que así como el Niño Jesus, halló sinceros los dones simbólicos de los afortunados reyes de Oriente, así Vos os dignaréis, bienaventurado Padre, reconocer en nosotros, y en todos los que representamos, hombres, que, en medio de un trastorno tan universal de ideas y de cosas, permanecen siempre sumisos á la autoridad visible de Dios sobre la tierra, á vuestro magisterio, siempre infalible, y, al mismo tiempo, fieles á los nobles sentimientos del verdadera amor á la patria. Si esta bendición apostólica, que hoy imploramos, será por nosotros considerada como brillante justificación, y como testimonio tributado á nuestros principios por la autoridad más elevada de la tierra, y la más ilustre de las victimas.

Las palabras con que Vos, Santísimo Padre, nos habeis presentado el espíritu de rebelión, al contestar á los homenajes del Patriocidio romano, resuenan todavía en nuestros oídos, y jamás se borrarán de nuestra mente. Este espíritu insidioso, gira al rededor nuestro, como león, que busca pre-

sa para devorar. Hé aquí, por qué nosotros santamente nos envancemos, de poseer la regla segura de nuestro deber en la devoción al Vicario de Jesucristo, y en la sumisión á su augusta palabra. La historia y sus tradiciones han manifestado ya, con esplendorosa evidencia, que en vano ha sido impugnada, esta convicción gloriosa de nuestros padres, que, gracias á Vos, Padre Santo, revive y se perpetúa en nosotros.

## DISCURSO

### PRONUNCIADO POR SU SANTIDAD PIO IX.

EN LA AUDIENCIA  
CONCEDIDA EL DIA DE REYES  
Á LAS DIPUTACIONES CATÓLICAS DE ITALIA.

Al veros reunidos á mi alrededor, amados hijos míos, despues de haber abandonado los diferentes países que habitais, para tenerme tan hermosa y agradable corona, puedo exclamar también: *Gratulamur adventu!* Mi mayor alegría, empero, es veros firmes y perseverantes en la practica de vuestros deberes, así como en la defensa del derecho, la verdad y la justicia.

Parocerá acaso á algunos de los más jóvenes de vosotros, que la persecucion actual es de naturaleza tal, que debe quitaros toda esperanza de días mejores y de paz.

Mas, si volvemos nuestras miradas al pasado, veremos que la Iglesia y los católicos han sido frecuentemente el blanco de toda la cólera de los impíos. En los primeros siglos, los Papas enrojeteron y embalsamaron con su sangre las arenas de esta Roma, y encontraron millones y millones de imitadores. Terminados los siglos de la persecucion y los verdagos, se inauguró la era de los cismas y las heregias. En estos nuevos combates, la Iglesia se mantuvo firme y constante, y rechazó victoriosamente todos los asaltos de sus enemigos. Vinieron luego los incredulos, y los pretendidos filosofos del pasado siglo, que engañaban á los pueblos y estaban sostenidos por los mismos á quienes habian engañado, y tambien la Iglesia católica supo resistirlos y triunfar de sus ataques.

Y ahora deseo haceros observar, que en el presente año de 1873, se cumple el centenario de la eleccion de Pio VI, mi glorioso

predecesor, que terminó su pontificado, siendo la victima de la gran revolucion de 89, y de sus falsos principios.

Sucediole Pio VII: Pio VII, sobre quien cayó toda la injusta cólera de un poderoso siglo. Otros dos Pontifices gobernaron despues de él, poco tiempo, pero santamente la Iglesia de Dios.

Vino luego Gregorio XVI, que encontró muy agitados á los enemigos del trono y del altar, dueños ya de una parte de los Estados de la Iglesia.

La revolucion contemporánea harlo la conocéis: no es necesario que os repita, lo que decia de ella en pocas palabras, hace algunos dias. He demostrado lo que era y cuál era su carácter. Añadiré una palabra solamente, para indicaros un *Proyecto de ley orgánica* de la República de Méjico que he recibido ayer, digno de la mayor reprobacion, como foco que es de mil errores.

Estas cosas, despues de todo, deben reanimar el valor de los buenos, porque los sucesos pasados demuestran claramente, que si la Iglesia, por permiso de Dios, se yé incensantemente combatida, no es vencida nunca. Los perseguidores mueren y desaparecen; la Iglesia subsiste siempre, y subsistirá con su divino fundador. Siempre permanece siendo la misma; y mientras los perseguidores son echados á un lado, como vestidos inservibles, Jesus, por el contrario, se conserva eternamente; *ipsi peribunt, tu autem permanebis, et omnes sicut testimonium tuum terent; tu autem idem ipse es et anni tui non deficient.* Consolemonos, por lo tanto, ante el espectáculo de la eterna estabilidad del Redentor, sobre la que se funda la sucesion de sus Vicarios y demás Ministros, así como la conservacion de la fé en el seno de todas las naciones católicas.

Os diré, además, que debemos encontrar un nuevo estímulo en la solemnidad que hoy celebramos. San José recibió de Dios la órden de abandonar á Judea é ir á Egipto. Poco despues, se apareció de nuevo el Angel, y dijo á José: *Surge, accipe puerum et matrem ejus et vade in terram Israel; defuncti sunt enim qui querebant animam pueri.*

Nosotros podemos decir tambien del mismo modo: «¿Qué se han hecho los perseguidores de la Iglesia? *Defuncti sunt!* ¡han muerto! ¿Dónde están los perseguidores, las torturas y los tiranos? ¡Han muerto, han

muerto! *Defuncti, defuncti sunt!* ¿Y la Iglesia? ¡La Iglesia está aquí siempre, llena de fuerza y de vida!

Reflexionad, ¡oh mis amados hijos! sobre este milagro, que Dios hace para conservar la Iglesia, y cobrareis así nuevo ardor y nueva fortaleza para proseguir la noble lucha, de que dais tan noble ejemplo á Italia y á todo el mundo.

Y ya que el amor de hijos cariñosos es el que ha dirigido vuestros pasos, y os ha traído aquí, á fin de que cobréis nuevo aliento para practicar las buenas obras, permitiéndome aconsejaros una, que va encaminada á disminuir un desórden inmenso, notablemente acrecentado, á contar desde las agitaciones revolucionarias.

Me refiero á los matrimonios entre parientes, que, desde hace cerca de veinte ó veinticinco años, no solo se han duplicado, sino cuadruplicado. ¿Quisiera; que aprovechando las ocasiones oportunas para ello, habláseis para disuadirlos de semejantes matrimonios á vuestros amigos y parientes, dispuestos á contraerlos. Es cierto, que puede suceder alguna vez, que deba concederse la dispensa, concurriendo muchas causas canónicas; pero la multitud de solicitudes de este género, que se hacen, deben ser condenadas, por ser estos matrimonios contrarios á la salud del cuerpo—y apelo para esto al testimonio de los médicos—contrarios, tambien, con frecuencia, á la moral; y en este punto, podria hablar y revelar yo mismo muchas cosas.

Se muy bien, que puede decirse, que tal desórden puede ser reprimido, negando la dispensa.

Pero aquí, precisamente, nos encontramos con la gran dificultad creada por los Gobiernos, que han permitido y favorecido semejantes actos, adormeciendo á las almas débiles, porque, ya sea á causa de la efervescencia de la pasion, que ciega, ya por la auidex de dinero, que seduce, ya, lo que es peor todavía, por falta de fé, muchos prefieren vivir en concubinato, ánn incestuoso, á prepararse para recibir el Sacramento del Matrimonio. Y de este modo se ven privados los contrayentes de la gracia, que Dios concede para vivir en paz y caridad, y del celo necesario para poder educar á sus hijos en el temor de su santo nombre.

Si los Gobiernos tuvieran paciencia para no intervenir, hasta que la Iglesia hubiera hecho uso de sus derechos, como es de ri-

gorosa justicia; pudieran, entónces, y no antes, proceder á los actos civiles, quitando así á los contrayentes todo motivo para manchar su conciencia, mancha extensiva á todos los que cooperan á este acto.

Después de la libertad para el Sacramento del Matrimonio, debemos pedir á Dios se digne disponer, que desaparezcan los grandes obstáculos, que impiden la admisión á los órdenes sagrados de los jóvenes levitas, arrebatados, de improviso, por la ley sobre recluta del ejército, que los sujeta á todos, sin distinción, al servicio de las armas, obligando á todos estos jóvenes eclesiásticos, á cambiar el cingulo, emblema de la pureza, por el cinturón de cuero, que debe sostener la espada.

¿Quién no ve, que, procediendo de esta suerte, se quiere destruir, poco á poco, la gerarquía eclesiástica, y sustituir á la pacífica milicia de Jesucristo, desertada y abandonada, esa otra milicia, que á tantos peligró expone el cuerpo y el alma? Roguemos, pues, humildemente á Dios que, aparte de nosotros esta amenaza de destrucción.

Pero, no se crea que al pedir, que estos dos Sacramentos sean libres en todos sus efectos, me olvido de reclamar la libertad de enseñanza. La reclamo, no como un principio, que no admito, sino como una verdadera necesidad.

Estas son, mis amados hijos, las pocas palabras que tenia intención de dirigiros.

Ahora, prosternámonos todos ante la gruta del Divino Redentor, y pidámosle, antes que todo, las tres gracias de que acabo de hablaros: ¡Dios mío! Autor de los Sacramentos, dad á la Iglesia la libertad del Sacramento del Matrimonio; dadla la libertad del sacramento del Orden; confirmad, si confirmad á vuestra Iglesia la misión que la disteis en el principio, cuando dijiste á los Apóstoles: *Euntes docete omnes gentes*. Marchad; enseñad á todas las naciones.

Si, estos son, Señor, las mercedes que nosotros solicitamos de vos. Vos podéis tocar y commover el corazón de los hombres, cuyos lábios están siempre dispuestos á glorificar la libertad, pero cuyas manos están constantemente empleadas en forjar cadenas, y prontas á hacer esclava á vuestra Iglesia, y á impedirle el ejercicio de su divina misión.

Cuando acogisteis en vuestra humilde morada á las ilustres personas, venidas de lejanas provincias para adoraros, cundió la

alarma entre los que reinaban en Israel. Nosotros venimos igualmente á adoraros, pero no queremos infundir la alarma en el corazón de los que gobiernan; deseamos solamente, que, gracias á Vos, la luz de la verdad penetre en su espíritu, y que después de habernos arrebatado mucho, se nos conceda, por lo menos, lo que pedimos, lo que no se refiere á ningún interés material, pero que tiende únicamente á la salvación de las almas.

¡Oh, amado Jesús! Vos veis á todos los que están aquí presentes, y en ellos á todos los millones de italianos que representan; todos se unen conmigo para suplicaros, y para merecer mejor lo que solicitan, os ofrecen con los Santos Reyes Magos, el oro, el incienso y la mirra. El oro de la pureza, á fin de volver al alma apta para la práctica de las obras santas; el incienso de la oración, para fortificarla en sus acciones; la mirra de la mortificación, para ejercitarse en la lucha, que sostienen contra vuestros enemigos. Escuchad, ¡oh, Señor! escuchad nuestras comunes oraciones. Levantad el brazo para bendecirnos á todos, lo mismo á los que están presentes, que á los que están lejanos. Este brazo, es cierto, es el brazo de un niño, pero no es ménos fuerte y todopoderoso. ¡Benedicid esta península!

- Cuando estaba dividida en muchos Estados, estaba unida en la fe; pero hoy, que se dice estar unida políticamente, está sembrada de templos protestantes, de escuelas heterodoxas, y otras instituciones semejantes, cuya misión es dividir á Italia en la fe, en el culto, y en la Religión, para establecer el reinado de Satanás, que consiste en reinar de buen grado, pero cuyos símbolos son el *nullus ordo* y el *sempiternus horror*.

Dignáos, pues, Señor, devolver á Italia, unida en otro tiempo por la fe, la posesión de esta, la primera y más noble de entre todas sus prerrogativas.

Alejad de ella á todos estos maestros del error, y tantas otras fuentes de corrupción. Que vuestra oración derrame sobre ella estos grandes beneficios, que la haga digna de conservar los antiguos privilegios, el primero de los cuales es haber pertenecido toda ella siempre á la Religión católica.

*Benedictio Dei.*

(*Journal de Florence*, 8 de enero 1873.

## LOS NUEVE PAPAS CON EL NOMBRE DE PIO.

### I.

PIO I (San), primer papa de este nombre, nació en Aquilea: sucedió en la Cátedra de Pedro á San Higinio, á principios del año 138.

La Iglesia era, entónces, objeto de una de las más violentas persecuciones. PIO I se dedicó especialmente á establecer las reglas de la disciplina y de la liturgia; ordenó, de conformidad con la tradición apostólica, que la fiesta de Pascua se celebrase en el domingo inmediato después del día 14 de la luna de marzo. Este Papa tuvo la dicha de morir por Jesucristo, en 11 de julio de 167, después de haber ocupado la Sede ocho años, tres meses y tres días.

Bini le atribuye cuatro epístolas; empero el cardenal Baronio no le atribuye más que dos, dirigidas á Justo de Viena.

### II.

PIO II (Eneas Silvio Bartolomé Piccolomini), nació en Corsignano, aldea de la provincia de Sena, en Toscana. Para ilustrar el lugar de su nacimiento, lo erigió en ciudad episcopal, que llamó *Pienza* de su nombre de Pio. Victoria de Forteguerra, su madre, había visto en sueños, durante su embarazo, que daría á luz un niño mitrado. Como que entónces reinaba la costumbre de degradar á los clérigos indignos, poniéndoles una mitra de papel en la cabeza, ella creyó, que su hijo sería la vergüenza y la deshonra de la familia. El resultado demostró todo lo contrario.

Desde sus más tiernos años se distinguió Eneas Piccolomini por su amor á las bellas letras. A la edad de veinte años, acompañó, en calidad de secretario, al cardenal Domin-

go Capranica, llamado el cardenal *Le Ferme*, al Concilio de Basilea. Después de haber desempeñado algunas misiones muy delicadas, Nicolás V le confirió el obispado de Trieste, de donde fue trasladado al de Sena. Más adelante, fue enviado en calidad de Nuncio cerca de las Dietas de Alemania, para formar una liga contra los turecos. Calixto III, sucesor de Nicolás V, creó cardenal á monseñor Piccolomini, en 1436; y trece días después de la muerte de este Papa, acaecida el día 6 de agosto 1438, el cardenal de Sena fue llamado á sucederle, y tomó el nombre de Pio II.

Inmediatamente después de su elección, procuró unir á los príncipes cristianos contra los turcos. Al efecto, convocó un congreso en Mántua, que abrió el 1.º de junio 1439. Empero, por haber confirmado en el trono de Nápoles á D. Fernando I, hijo bastardo de D. Alfonso V, rey de Aragón, á quien D.ª Juana II, reina de Nápoles, adoptó para el derecho de este reino, contra la casa de Anjou; suscitó una guerra, que retardó la expedición contra los musulmanes. Entretanto, el Papa reunió tropas, y se disponía á conducir las en persona, cuando le sorprendió la muerte en el puerto de Ancona, á donde había ido para embarcarse con la expedición por el preparada.

Reinó cinco años, once meses, veinte y siete días. Excomulgó á los que apelaron del Papa al Concilio, contra lo que sintió antes de ser elevado al Pontificado. Fue en su tiempo la controversia entre Dominicos y Franciscanos, de si la sangre que Cristo derramó en su Pasión, *gozó*, ó no, de la unión hypostática. Las obras de este Papa se publicaron en un volumen, en Basilea, en 1371. Preciso es confesar, como lo dice su epitafio, escrito por el cardenal de Sena, su